

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

CAPITULO PRIMERO

UNA DIGRESIÓN QUE NO ES ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE

No sé cómo la filosofía materialista se explicará la constante propensión de la especie humana á la inmortalidad; ese afán del hombre á perpetuarse, á sobrevivirse, porque no es el instinto de la conservación lo que nos mueve; no es la posesión perpetua de esta vida mortal lo que realmente ambicionamos.

Por risueña que sea nuestra suerte, hay momentos muy frecuentes en que la vida nos causa un dolor indecible.

La inmortalidad dentro de estas ligaduras que nos sujetan á la tierra sería la desesperación. De todos los tormentos que la imaginación puede representarnos no hay ninguno semejante al de la eternidad sobre la tierra.

Además, los héroes buscan la inmortalidad en la muerte; la mayor parte de los hombres extraordinarios, cuyo nombre, pasando de unas en otras, vive en la memoria de las generaciones, han obtenido el honor de la inmortalidad después de muertos.

Mientras el sepulcro no recoge sus despojos mortales, la fama no se atreve á dar á sus glorias una sanción perpetua.

El amor á la gloria no es, en resumen, sino el horror á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la muerte. Hay dentro de nosotros un afán oculto que nos impulsa á vivir fuera de nosotros mismos; algo que, traspasando los límites de la materia y de la vida, nos lanza á regiones desconocidas en busca de un tiempo sin medida y de espacios sin términos; movimiento íntimo de la parte más noble de nuestro ser, que interiormente nos agita como si quisiera romper las ligaduras que le oprimen, y semejante al preso que mide impaciente la lóbrega estrechez de su calabozo, sondea, al través de los hierros que le cierran el paso, las luminosas profundidades del horizonte; ansia inquieta de una vida inmensa que no cabe dentro de los límites de la frágil vida en que se halla aprisionada; esencia misteriosa que se exhala de nosotros mismos, y que, semejante á los perfumes más puros, se escapa del vaso en que se halla contenida.

Sean las que quieran las felicidades humanas que cubran de flores el camino que andamos sobre la tierra, en el fondo de nuestra alma suena una voz recóndita que nos llama hacia otras felicidades desconocidas. Parece que vivimos bajo la doble acción de dos gravitaciones opuestas: mientras la materia de que se compone nuestro cuerpo siente la atracción de la tierra, nuestro espíritu experimenta las atracciones del cielo. Esta doble ley que obra respectivamente sobre nuestro ser nos tiene como suspensos entre el cielo y la tierra, entre la necesidad de morir y el ansia de sobrevivirnos, entre el cuerpo que se arrastra por las oscuras asperezas de la tierra y el espíritu que vuela por las luminosas inmensidades del espacio.

No hay ciencia que alcance á extinguir en el hombre el sentimiento que en él ejerce lo que puede llamarse la atracción de la inmortalidad.

Cuando estudié física, aprendí que la inercia es la resistencia que los cuerpos oponen á cambiar de estado, y entonces comprendí que esa resistencia ciega é involunta-

ria de los cuerpos constituye la cualidad absoluta de la materia.

Sin necesidad de hacer grandes estudios, cada uno puede observar dentro de sí mismo las agitaciones de su espíritu; no le será difícil percibir la movilidad incansable de su entendimiento, la acción varia y continua de su memoria, y la inconstancia de sus deseos, que es el desasosiego de la voluntad. Si es posible establecer alguna comparación entre el espíritu y la materia, me atreveré á decir que la inquietud de nuestra alma se parece á la agitación de los cuerpos que se hallan fuera de su centro.

Tal es la inquietud que agita el océano de nuestro espíritu estrechamente contenido en el frágil vaso de la vida mortal; tal es el ansia que impulsa al hombre á perpetuarse, á sobrevivirse; tal es el afán que enciende en su alma el deseo de inmortalizarse. ¿Llamaremos á este secreto impulso, á este universal sentimiento que da vida á nuestros pensamientos y á nuestras acciones instinto de conservación? No; si es instinto, es más bien el instinto de la eternidad.

En las naturalezas superiores produce las grandes hazañas, las grandes virtudes, las grandes obras de la ciencia y del arte; en las naturalezas corrompidas y depravadas, los más grandes crímenes; en los entendimientos torcidos, los más grandes desatinos, y en el vulgo que prodigiosamente se extiende por todas las esferas de la especie humana produce las más pueriles vanidades, las más mezquinas ambiciones, las envidias más peligrosas.

La celebridad es la satisfacción á que todos aspiramos. Lo mismo la buscaba Alejandro al conquistar el Asia, que la pretendía Diógenes al rechazar la sombra de Alejandro.

Cada uno en su profesión, en su oficio, en sus aficiones, en sus caprichos y hasta en su ignorancia, en sus vicios y en sus extravagancias, hace esfuerzos por singularizarse,

por distinguirse, por sobresalir sobre los hombres que le rodean, esto es, sobre el nivel de la clase en que ha nacido; y he aquí el germen permanente de pasajeras aristocracias que brillan un momento y se disipan.

Dondequiera que se rinda el debido homenaje á la virtud, al valor y al talento habrá familias ilustres. Siempre que el hombre cuente en el catálogo de sus antecesores la gloria de un santo, de un héroe ó de un genio, reclamará el honor de la descendencia y quedará establecida en el sentimiento público la jerarquía de su sangre.

La verdadera aristocracia no es la que se otorga, sino la que se reconoce. La sangre azul no circula por las venas de los nobles por gracia, sino por derecho. Una familia que lleva en herencia el privilegio de un apellido glorioso es una especie de monumento vivo que perpetúa los ejemplos dignos de imitación y de respeto.

Sin duda alguna al hombre debe considerársele como hijo de sus obras; pero me parece difícil poderle negar el derecho que tiene de ser hijo de su padre.

Como en nuestra época, más que en ninguna otra, se ha apropiado el dinero todas las virtudes y todos los méritos, basta poseer un bolsillo medianamente ancho y un tanto hondo para adquirir por mera compra ó por pura gracia un título nobiliario de marqués, de duque ó de conde; cuatro terrones escondidos en cualquier rincón de la tierra, ignorados de la Geografía y desconocidos en la Historia, sirven á un mercader afortunado, ó á un usurero inexorable, ó á un propietario obscuro, para llegar á la *excelencia* de título de Castilla y de grande de España. Se puede decir que ha brotado de la superficie misma de la tierra una verdadera plaga de duques, de condes y de marqueses. Por lo que hace al ejército, no ha sido menos sobrio en este punto. Preciso es reconocer que si las hazañas militares se contarán por los títulos nobiliarios que ha producido la

serie no interrumpida de nuestros trastornos políticos, España sería á estas horas dueña de Europa.

No obstante, hay todavía quien busca en la vulgaridad de esos títulos una señal de distinción y un motivo de celebridad. Y he aquí cómo se equivocan las vanidades humanas: en vez de ocultar la insignificancia de la persona detrás del nobilísimo pergamino, el título es como una luz que descubre la humilde obscuridad del individuo.

Esta aristocracia súbita, sin fundamento y sin historia, es propia, característica, de estos tiempos democráticos, porque es una aristocracia verdaderamente plebeya.

En nuestra época todos los accidentes de la vida tienen un mismo móvil y un mismo fin: la utilidad. Somos demasiado prácticos para amar la gloria por la gloria, y buscamos en ella la parte positiva. La fama es dinero, la celebridad es oro, y he ahí un motivo más, bien poderoso por cierto, para que busquemos con mayor empeño la ocasión de distinguirnos.

Una espada audaz, una lengua suelta y una pluma ágil son tres medios admitidos de celebridad y de fortuna. El hombre que posee cualquiera de estos elementos puede abrir la tienda de su valor, de su elocuencia ó de su talento, pregonando su mérito:

«Tengo una espada. ¿Quién la compra?»

«Tengo una lengua. ¿Quién la alquila?»

«Tengo una pluma. ¿Quién la paga?»

He aquí tres celebridades: un general, un orador y un publicista, cuyos nombres van y vienen, suben y bajan, entran y salen, sonando en todos los resquicios de la publicidad. Ese es el Alejandro de nuestros días, el Demóstenes de nuestra época, el Licurgo de nuestro tiempo. Sin duda alguna su celebridad es demasiado pasajera, pero en cambio es excesivamente productiva. Son celebridades que la patria adquiere á peso de oro.

¿Creéis sinceramente en la impiedad de todos los que hacen alarde de ella? Veamos: Despojad á Voltaire de su aspecto impío, quitadle el escándalo de sus blasfemias y habréis disminuído en mucha parte el círculo de su celebridad. Cualesquiera que fuesen las cualidades de su talento, puede afirmarse que en el mundo es más conocido como impío que como literato. Su enemistad contra Dios y su odio á Jesucristo son ciertamente el principal fundamento de su fama. ¿Fué Voltaire impío por error ó por vanidad? ¿Debemos creer, si es posible decirlo así, en la sinceridad de sus blasfemias?

Nadie se atreverá á desconocer la celebridad que alcanzan hoy muchos hombres condenados por su propia insignificancia á obscuridad perpetua. Jamás habrían salido de las humildes regiones del vulgo, si la libertad concedida á la blasfemia no les abriera el camino de la gloria. Suprimid en ellos la celebridad de sus respectivas impiedades, y quedarán sumergidos en el abismo del vulgo de los hombres.

Como se ve, la blasfemia es el camino donde únicamente encuentran celebridad las grandes ineptitudes.

Y realmente, tratando de distinguirse, de separarse de la gran multitud de la especie humana, la impiedad es un medio seguro, porque el género humano no será jamás impío. Por otra parte, es muy difícil conquistar un puesto de honor entre los santos, entre los héroes, entre los sabios ó entre los genios, mientras que para aspirar al título de impío no se necesitan las virtudes de San Juan de la Cruz, ni el heroísmo de Guzmán el Bueno, ni la sabiduría de don Alfonso el Sabio, ni el genio de Cervantes, porque la impiedad es, por sí misma, la negación de la virtud, de la ciencia, del heroísmo y del genio.

Mas la celebridad es un eco que repite todos los ruidos, lo mismo los que causan admiración que los que causan

escándalo; es un cristal en el que lo mismo refleja la luz que la sombra.

Hay en este siglo en que vivimos una inquietud tal, una inconstancia, una movilidad tan incansable, que imprime, lo mismo á las obras de nuestro entendimiento que á las obras de nuestras manos, el sello mortal de una vida fugitiva.

Grandes asambleas de legisladores se reúnen todos los años para dictar leyes á los pueblos, leyes sin fuerza, sin vigor, sin vida, que al otro día de promulgadas están muertas. Esta tarea legislativa, asidua é interminable, no es tanto un vicio como una necesidad, porque la leyes de ayer están hoy en completo descrédito, y mañana, á más tardar, hay que sustituirlas con nuevas leyes, que á su vez morirán al día siguiente. Es un edificio que siempre se está edificando, porque siempre se está hundiendo.

En lo que va de siglo llevamos la friolera de ocho Constituciones: la del año 12, el Estatuto, la del 37, la del 45, la del 55, el Acta adicional, la del 69, y la que acaba de morir á manos de la dictadura, antes de haber nacido. Si se restan los doce primeros años del siglo, los seis del 14 al 20 y los diez del 23 al 33, en que no funcionó el taller legislativo, saldremos á ocho Constituciones en poco más de medio siglo. Es imposible encontrar en la historia de ningún pueblo parlamentario una esterilidad más fecunda. Y ¡oh vergüenza!, todavía viven las *Leyes de Partida*.

Volvamos por un momento la vista á nuestra literatura, y encontraremos la misma fecundidad y la misma esterilidad. ¡Qué pocos monumentos literarios dejaremos á las edades futuras!

El Estado no tenía en los siglos XVI y XVII pensiones establecidas para que los pintores pudieran, como ahora, estudiar en París y en Roma las bellezas del arte; ni había, como en nuestro siglo, la emulación de las Exposiciones

ni el estímulo de los premios. Es verdad; pero bien: ¿dónde está Velázquez?, ¿dónde está Murillo?, ¿dónde está Pantoja?, ¿dónde está Carducio?.. Y viniendo hasta las mismas puertas de nuestra época, pregunto de nuevo: ¿dónde está Goya?

¡Nuestra arquitectural! ¿Con qué monumentos la vamos á atestiguar ante las edades futuras? ¿Con los palacios de cartón de Recoletos? ¿Creéis de buena fe que la amanerada construcción del palacio del Congreso podrá sobrevivir á la majestuosa fábrica del palacio de los reyes? El teatro Real, que tanto enorgullece á Madrid, ¿á qué humilde catedral queréis compararlo? Pocas, muy pocas de las construcciones modernas y de los monumentos artísticos que salen de nuestras manos alcanzarán los honores de la antigüedad. Preciso es decirlo: ni el circo de Rivas, ni el café de Fornos ni la plaza de toros, ni la estatua de Mendizábal serán eternos.

Nuestras telas, nuestros muebles y cuantos objetos proporciona la industria moderna á nuestra comodidad, á nuestra decencia y á nuestro lujo, participan de la misma futilidad. Carecen de aquella solidez, de aquel vigor, y, si me es posible decirlo así, de aquella conciencia con que trabajaba la industria antigua.

Esta misma fragilidad, esta misma falta de firmeza y de reposo la encontraréis de la misma manera en las ideas, en los sentimientos, en los caracteres y en las costumbres. Parece que atravesamos un período de interinidad, y nuestra ciencia y nuestra literatura, nuestro arte, nuestra industria, nuestra política y hasta nuestro lujo, todo es de *pacotilla*. En todo vamos á salir del día, á salir del paso, y todo cuanto producimos no lleva en sí condición alguna de estabilidad y grandeza.

Esta frivolidad inquieta y presuntuosa de nuestro espíritu explica las continuas inconstancias de la celebridad

que concedemos. Nada hay más pasajero, más fugitivo que los honores que ella dispensa: con la misma facilidad que ensalza, olvida; pasa repentinamente del asombro á la indiferencia; hoy arquea las cejas, y mañana se encoge de hombros; inciensa un momento á sus ídolos, y en otro momento les vuelve la espalda. Por un torero deja á un ministro; por una bailarina, á un sabio; por la fiesta de un banquero, la fama de un héroe; por un dije, un libro.

Necesita una novedad cada instante; no es posible detenerla un día entero en ninguna parte.

Tal es, en rápido bosquejo, la celebridad á que en el siglo del vapor y de la chispa eléctrica pueden aspirar la virtud, la sabiduría, el valor y el genio.

¿Quién la desea?

Muchos.

¿Quién la alcanza?

Cualquiera.

¿A quién inmortaliza?

A nadie.